

Careaga, Gabriel. *Los intelectuales y la política en México*. México, Extemporáneos, 1971, 140 pp.

La gran promesa de las ciencias sociales, decía Wright Mills, es la de poder proporcionar a los hombres comunes y corrientes una explicación clara de las relaciones existentes entre ellos y los fenómenos sociales. Hasta ahora la sociología, como tal, no ha podido cumplir dicha tarea.

Los sociólogos "científicos", preocupados por la objetividad, se han dedicado a analizar minucias intrascendentes, dejando de lado el análisis de los hechos políticos por temor a contaminarse con juicios de valor acerca de la realidad. Con una gran presentación de datos y complicadas elaboraciones matemáticas, se escamotea el análisis de los problemas y se pretende instrumentar la realidad social para fines de manipulación y control.

De otra parte, un marxismo elemental y mal entendido, que se olvida de la historia como principal fuente de análisis, se convierte en una axiología de la realidad en la que el esquema: la burguesía (los malos), el proletariado (los buenos), se convierte en el instrumento de la diatriba.

Ninguna de estas dos corrientes ha ofrecido nada hasta ahora que pueda tener un valor explicativo acerca de la realidad del México contemporáneo.

Existe, sin embargo, una corriente que, uniendo a la sociología, a la historia y a la filosofía, y a veces a la literatura y a la poesía, ha tratado de brindar, si no una explicación, cuando menos un punto de vista más elaborado y serio sobre esta realidad.

Pablo González Casanova, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Luis Villoro, Francisco López Cámara, Fernando Benítez y Gastón García Cantú han demostrado con su obra, y su acción que, la gran tarea de las ciencias sociales es la explicación lúcida de nuestra realidad y que ésta sólo es posible cuando se tiene una concepción de la totalidad de esa realidad, cuando se tiene una posición filosófica y, por ende política, frente al mundo.

Ni Fuentes ni Paz necesitan cumplir con las reglas "estadísticas" de la sociología política para darnos cuadros claros y orientados sobre la política mexicana. Benítez no necesita de la "ortodoxia" de la antropología para realizar la más brillante y colosal investigación sobre los indios de México.

González Casanova, Flores Olea, González Pedrero, etcétera, comprenden sus análisis sociales y políticos conociendo, no sólo sus disciplinas —la sociología, la ciencia política y la historia—,

sino también la filosofía del marxismo fundamentalmente, y la gran tradición humanística en la literatura y el arte.

Al análisis del papel jugado por estos intelectuales en la historia reciente, ha dedicado Gabriel Careaga su ensayo *Los intelectuales y la política en México*, en el que se apuntan muchas ideas y muchas preguntas acerca de esta relación. Careaga parte de los mismos supuestos que sus "objetos de estudio": el compromiso político y la concepción de la realidad como una totalidad.

El libro de Careaga es una obra comprometida porque al seleccionar a los intelectuales como objeto de estudio, se suma a aquellos que han creído que la razón, el conocimiento y la crítica son las únicas posibilidades vigentes para transformar este mundo; porque al seleccionar, como estudio de caso, al grupo de intelectuales que crearon la revista *El Espectador*, mismos que sostienen una línea política definida, la única quizá con vigencia al futuro, se compromete con esta línea.

A la obra de Careaga seguramente han de pedirle los sociólogos empiristas más datos concretos —y no cabe menospreciar tal sugerencia—, pero los datos más relevantes están ya.

Los marxólogos de manual, quienes dividen al mundo maniqueístamente, como señalamos al principio, censurarán a Careaga por no compartir su juicio acerca de estos intelectuales, a quienes sistemáticamente han acusado de claudicantes y reformistas por el delito de haber hablado y de haber escrito en un país en el que el silencio parece ser el refugio ideal de la pureza política.

Careaga, a partir de un análisis histórico, nos presenta a "los espectadores como los continuadores de dos grandes tradiciones: una de carácter universal, la de los intelectuales críticos que desde que surge la cultura como un valor se dedican a utilizarla para transformar el mundo, y que en nuestros días la propugnan desde la trinchera filosófica del marxismo; la otra tradición es la nacional, sin el contacto con Voltaire, y Rousseau, Hidalgo y los demás libertadores no habrían podido concebir la transformación del México colonial; México adquiere su perfil a través de Mora, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, quienes entre otros diseñan las bases del moderno Estado mexicano.

Con los Flores Magón, Soto y Gama, etcétera, la Revolución adquiere conciencia de sí, y con Alfonso Reyes, Vasconcelos, etcétera, adquiere conciencia frente al mundo.

Muchos otros intelectuales han figurado en la historia reciente de México, y todos ellos desfilan por las páginas del libro de

Careaga. El hecho de que se haya seleccionado al grupo de "los espectadores" se desprende de la obra misma. Ellos han jugado papeles importantes en los acontecimientos políticos de los últimos quince años: las crisis del 58, la defensa de la Revolución Cubana en 1961, la denuncia del asesinato de los Jaramillo y, más recientemente, la defensa de la autonomía universitaria como bastión de la cultura y la razón, en los días en que el país ha estado más cerca del autoritarismo.

En esas tareas, recogiendo estas dos tradiciones, "los espectadores" han roto con un nacionalismo elemental y chovinista que parece hundir al país en un solipsismo político sofocante ante el caudal de demagogia y retórica en que se ha transformado, en boca de sus adalides, la Revolución Mexicana, haciéndose solidarios de la Revolución Cubana —momento culminante de la historia latinoamericana y de todas las luchas de liberación nacional, sin menoscabo de la integridad nacional.

Para ello han requerido de todos los valores de la cultura clásica y de la contemporánea, recogida en la línea filosófica más importante de nuestro tiempo: el marxismo. Pero de un marxismo vivo, que no desdena las mejores expresiones de la cultura político-contemporánea o de cualquier otro tipo, bajo las acusaciones de cultura burguesa.

Careaga nos ofrece una descripción de estas tareas y nos brinda una serie de ideas que pueden ser hipótesis de trabajo en una investigación más profunda.

Ello no se señala en demérito de la obra. Por el contrario, el ensayo de Careaga implica toda una nueva perspectiva para el análisis de algunas cuestiones fundamentales ahora en México. Muchas de sus ideas y de sus señalamientos orientan al lector que, ajeno a los medios culturales, se inquieta por los problemas de su tiempo.

Aquí encontramos otro de los valores del libro. Es posible que a los ojos del especialista, o inclusive del *sob* de la cultura, aparezca superficial, pero seguramente para quienes han mantenido ahora solamente como conocimiento de los intelectuales lugares comunes, esta obra contribuirá a aclarar y a desvanecer muchos mitos y prejuicios, pues aquí los intelectuales no son más los señores encerrados en su torre de marfil, ajenos a la realidad social y política de su tiempo o la amenaza subyacente de la perversión de todos los valores de la tradición mexicana.

El papel de los intelectuales en la política y su análisis adquiere singular importancia en nuestros días, cuando la Universidad, origen y centro de acción de casi todos ellos, se convierte en la sede del movimiento político más importante de los últimos años en México: el Movimiento Estudiantil de 1968.

Al rastrear la biografía política y cultural de los intelectuales, se rastrea el origen de muchas de las inquietudes juveniles de nuestro tiempo, porque si a algo han estado atentos los jóvenes mexicanos en los últimos años, es a las definiciones y a las posiciones que frente a los acontecimientos han tomado estos intelectuales, algunos de ellos profesores suyos, pues al convertirse en la única crítica política permanente en México, se han convertido también en centro de polémicas y discusiones y en blanco favorito de ataques de grupos de diversos orígenes ideológicos, pero con iguales incapacidades histórico-políticas. Conocer la obra de estos intelectuales es conocer la historia del México reciente.

Por todo lo anterior, resulta altamente recomendable la lectura del libro de Careaga si se quiere participar conscientemente en la historia presente y futura de México, pues ahí se encuentran multitud de datos y de ideas a utilizar.

Se puede diferir o criticar el análisis, se pueden señalar deficiencias metodológicas, pero de ninguna manera se puede acusar

de intrascendente este intento de analizar el papel de los intelectuales mexicanos. Ni siquiera se puede decir que la "muestra" analizada sea "no significativa", porque las recientes declaraciones de varios miembros de este grupo siguen siendo objeto de atención y de polémicas encendidas.

El libro de Careaga cumple dos objetivos; tratar de describir y explicar un hecho social de vital importancia en nuestros días, y continuar con una tradición que los jóvenes intelectuales de México no deben menospreciar: "mostrar las posibilidades y las perspectivas del humanismo marxista pero sin simulaciones, sin retórica, sin falsa conciencia revolucionaria".

Careaga, al concluir su obra nos dice: "Aquí y ahora, el intelectual no puede tener misión más comprometida y más radical."

Gerardo Estrada

Glessing, Robert J. *The Underground Press in America*. USA, Indiana University Press, 1970, 207 pp.

La "prensa subterránea" en los Estados Unidos, concebida como componente y manifestación del complejo cultural y político contrario al *Establishment*, es analizada con profundidad y amplia información por Glessing, del Departamento de Periodismo de la Universidad de Indiana.

Como "prensa subterránea" Glessing califica a un conjunto de 456 publicaciones que circulaban en 1970 en los Estados Unidos. Se trata de un conjunto sumamente heterogéneo. El tiraje de los periódicos, por ejemplo, oscilaba entre unos cuantos cientos y 150 mil ejemplares por número. Tampoco hay regularidad respecto a la periodicidad: algunos eran semanarios, otros mensuales o bimensuales, otros no siguen ninguna norma fija, o como lo dice uno de los entrevistados por Glessing "Es semanal, hombre, lo que pasa es que unas semanas son más largas que otras". La misma diversidad existe respecto al contenido y orientación de los periódicos, que representan desde minorías raciales militantes y grupos políticos de la izquierda radical, hasta los diversos sectores de la cultura de las drogas.

Lo único que caracteriza al conjunto de la "prensa subterránea" es que representa, en toda su variedad, las opiniones, los intereses y el estilo de vida de los grupos marginados de la corriente principal de la vida norteamericana. El hecho de que este contenido sea contrario a las creencias, intereses y valores del norteamericano medio, excluye la posibilidad de que pudiera ser expresado a través de la prensa tradicional, tan profundamente ligada a los intereses del *establishment*. De ahí el carácter no institucional, informal, deliberadamente antiolembre de esta prensa a la que a falta de un término más preciso, se denomina "subterránea".

En su análisis de este fenómeno, Glessing destaca la importancia de las nuevas técnicas de edición e impresión, particularmente las de offset, cuyo relativo bajo costo hizo posible la proliferación de periódicos no lucrativos y que además, por sus características técnicas permiten un periodismo gráficamente innovador, que con frecuencia se convierte en medio de creación artística. Sin esta "revolución gráfica", la nueva prensa no hubiera siquiera aparecido.

Hay otros aspectos peculiares de la "prensa subterránea", que Glessing analiza en forma detallada: el proceso de operación económica de los periódicos, totalmente diferente al de la prensa convencional; el lenguaje heterodoxo utilizado, cuyas expresiones típicas oscilan entre el *slogan* militante y la obscenidad